

en andas en medio de manifestaciones anticristianas mal disfrazadas con el pretexto de ovaciones literarias.

Entre aclamaciones delirantes y triunfos cual nunca los conoció en vida ningún escritor, durante cerca de un siglo por la pluma de ese hombre vomitó el infierno todo su veneno y desahogó en la tierra sus iras contra el cielo. Cuando ya no era el corifeo más que una mómia octogenaria, un esqueleto muecarrero en el borde de la tumba, todavía le abrazaban con efusión las damas más principales, y cubriéndole la arrugada frente con flores y guirnaldas, ante él se entregaban al desenfreno, como bacantes ante el sátiro. Ese hombre, que había sabido inspirar á los contemporáneos sus odios satánicos, y tenía por cortesanos á príncipes y pueblos, se imaginó en un arranque de soberbia que le había de ser fácil á él, príncipe de los escritores, destruir el cristianismo, propagado por los doce oscuros plebeyos, que llamaba «los doce....»

Bajo su inspiración redoblaron las mentiras y sarcasmos de la secta para destruir cuanto antes la obra cristiana. Sus imprecaciones corrieron con tanto furor por Alemania; España é Italia, como por la misma Francia. Europa entera se estremeció en odios contra el culto. Ante tal explosión de blasfemias, pudo un momento creerse que se derrumbaba para siempre el templo católico. Pero, ¿qué es lo que queda hoy de la obra de Voltaire? En el terreno político podrá todavía rechinar de júbilo el radicalismo al oír los sarcasmos volterrianos; podrá todavía profesar á las paparruchas de la *Enciclopedia* más amor de sectario que el que profesa al Korán el creyente de Mahoma; pero en el orden científico ninguna huella han dejado aquellas negaciones fanáticas. Ninguna persona dotada de sentido común é instrucción mediana se atrevería hoy á impugnar el culto con cualquiera de las blasfemias que en su tiempo presentaba Voltaire como argumentos sin réplica. Conformes están hoy fieles y adversarios de la Iglesia en que la ignorancia de aquella escuela era demasiado crasa en materias tales, para que su argumentación, puramente negativa, pueda servir de arma científica contra el dogma; y que su famosa *Enciclopedia* sea otra cosa que el mayor monumento escrito de la ignorancia humana. Asimismo lo reconocen Strauss, Renán y los principales corifeos del anticristianismo contemporáneo.

Pero á la sarcástica invectiva volterriana sucedió otra explosión todavía más grave. El racionalismo amotinó á todas las ciencias contra la Biblia. En lugar de los epigramas, se opusieron al dogma las lucubraciones de la filosofía, las teorías de las ciencias naturales, la crítica histórica y todos los demás recursos de que se vale el racionalismo bíblico, representado ahora principalmente en los atrevimientos críticos y exegéticos de la escuela de Tubinga. Para confundir á los alegres escépticos del siglo pasado, bastaron las obras de Weith y Du Clot, y los apotegmas profundos y sarcásticos de J. de Maistre, y últimamente los escritos de Augusto Nicolás, etc. Pero para hacer frente al nuevo formidable enemigo, necesitaban los apologistas y expositores cristianos remover en la controversia todas las ciencias y meditar sobre los más graves y oscuros problemas que agita el humano saber: filosofía, ciencias naturales, ciencias exactas; historia, geografía, astronomía, filología, epigrafía y arqueología; todos los ramos, en fin, de la ciencia se habían de investigar, hasta en sus más profundos arcanos, para contestar á las objeciones de los hiperescépticos. Y al mismo tiempo, como las negaciones del racionalismo moderno se fundan, por razón del mismo adelanto de las ciencias, en no pocos argumentos que tienen aspecto de novedad, con frecuencia no bastaba ya para la réplica el inagotable tesoro de doctrina y vastísima sabiduría que contienen los innumerables infólios de los antiguos Padres y tratadistas de materia eclesiástica; sino que había menester acomodarse á los progresos y novisimos descubrimientos científicos, y con arreglo á las necesidades de este tiempo crear propiamente una apologética cristiana del todo nueva. Era obra tan gigantesca, que ni una ni dos generaciones, ni todo un siglo, parecían bastante para darle cima. Sin embargo, podemos decir que la obra está ya completa.

Con fecundidad maravillosa, á medida que la impiedad lanzaba al viento uno de sus escritos, los controversistas ortodoxos multiplicaron sus réplicas contundentes, apoyadas siempre en la última palabra del saber humano. No intentaremos enumerar siquiera los múltiples problemas tan varios como complejos que se han discutido en esta controversia, digna de los Jerónimos, Agustines, Buenaventuras, y de los grandes doctores del siglo XVI y primer tercio del XVII. Es tal la magnitud, y dificultad de las cuestiones que se

han dilucidado, que queda el ánimo abrumado y confuso en presencia de tanta ostentación de saber. No ha habido un solo ramo de las ciencias en que no apareciera compacta falange de sábios de primer orden, campeones de la fé. Teólogos, filósofos, apologistas, es-
criturarios, controversistas, historiadores, arqueólogos, literatos, críticos, lingüistas, juriconsultos, naturalistas; comprobando los unos con la crítica histórica los hechos contenidos en la narración mosaica; resolviendo los otros las dudas gramaticales ó filológicas que podían ofrecerse, acerca de si algún texto sagrado tenía ó no interpretación profética; éstos asombrándonos con la conformidad de los descubrimientos novísimos de las ciencias y de los versículos del Génesis, que hasta ahora permanecían inexplicables; aquéllos demostrándonos que la historia, bien meditada, no es sino una apología del cristianismo, que la religión es la verdadera filosofía de la historia, y que no hay en los anales del mundo hecho ninguno que se pueda demostrar mejor como el de que sólo el catolicismo representa la legítima é invariable tradición cristiana: todos vinieron á dar á la Iglesia un esplendor científico, que ha confundido á la impiedad produciendo conversiones admirables entre los sábios más eminentes. Inútil añadir también cómo los hombres más ajenos á la controversia religiosa, discípulos del racionalismo ó de la impiedad, ó miembros fervientes de Iglesias heterodoxas, han venido á prestar insignes servicios á la causa católica. Inútil explicar cómo desde la demostración de la unidad de razas por la historia natural y la filología, y la armonía entre la creación mosaica y las observaciones de la geología y la paleontología, y las teorías de la física y de la química, hasta los descubrimientos de Champollion y de los egiptólogos y asiriólogos, dando la llave de las inscripciones geroglíficas, y los estudios de los indianistas, y el descubrimiento de la ciudad de Senaquerib, y de la inscripción trilingüe de Behistun, y de la biblioteca de libros cuneiformes de Assurbanipal, todo ha servido en nuestro tiempo de providencial é inapreciable tesoro para la exégesis bíblica. Hechos providenciales son estos, que sólo tienen su explicación en los designios inexcrutables del Altísimo.

Para reconocerles tal carácter, baste sólo tener en cuenta las circunstancias extraordinarias y la oportunidad en que se han producido. Cuando más arreciaba la tempestad contra el dogma ca-

tólico, y se producían contra las Escrituras argumentos que, en el estado en que se hallaban las ciencias, parecían no tener réplica, es cuando precisamente las ciencias consiguen de un golpe prodigiosos adelantamientos, que todos vienen á servir de auxiliares á la causa cristiana. Explicando por un lado con admirable sencillez multitud de dudas que hasta hoy no se acertaba á interpretar, y descubriendo por otro horizontes desconocidos, en donde el pensamiento se asusta al verse como perdido en la inmensidad sin límites, vinieron á demostrar mejor que nunca que el principio y fin de cada ciencia se encierra siempre en arcanos que el hombre no podrá jamás escudriñar, y que los problemas más fundamentales, el fin y origen de toda cosa, el tránsito del ser al no ser, la información de la vida en la materia, la manifestación de la libertad y del pensamiento en la criatura, serán eternamente para los humanos misterios que sólo la fé puede sondear, y tinieblas que sólo se iluminan con la revelación. Cuando con más implacable furia redoblaba la crítica histórica sus golpes contra el arca santa, negando toda legitimidad al relato de las Escrituras, convirtiendo todos los sucesos en mitos, y poniendo en duda hasta la misma existencia de los personajes bíblicos, es cuando se empiezan á rasgar los velos que cubrían el misterioso Oriente, quien, llamado como testigo á la controversia, viene ahora con sus tradiciones, lenguas y monumentos de piedra y bronce á confirmar todos los hechos que se querían impugnar.

En medio de una de esas catástrofes que se presentan en la ruina de los imperios, Nínive, seis siglos antes de Cristo, había desaparecido de tal manera de la escena del mundo, que la huella de su existencia estaba por completo borrada de la superficie de la tierra. La voz del profeta vaticinó la ruina de aquella gran ramera, y poco después vinieron sobre ella muchedumbres invasoras, que la pisotearon y vertieron la sangre de sus moradores. Y envuelta en los torbellinos de humo y polvo levantados por el ejército enemigo, desapareció de la tierra la soberbia ciudad, cuyo circuito no podía el hombre recorrer en tres días. Sobre el mismo solar donde yacía sepultada, el trascurso de las edades desenvolvió grandes episodios del drama de la historia. Al lado de aquellas ruinas pasó Xenofonte sin oír nombrar siquiera á la ciudad que fué en un tiempo reina del Oriente. Por aquellas márgenes del Tigris

paseó Alejandro su ejército cuando trataba de constituir á Babilonia en capital del imperio; pero Alejandro tampoco tuvo noticia del lugar donde estaba el sepulcro de la soberbia Ninive, que tantas veces en lo antiguo llenó á Babilonia de espanto. Por allí Roma también extendió su dominación y fundó colonias; allí se levantó más tarde el imperio de los Sasanidas; y luego Mahoma también lanzó por aquellas regiones á los hijos del desierto recién fanatizados por el Koran; y Gengis Kan y Tamerlan las cruzaron una y otra vez con sus hordas sanguinarias; pero á pesar de tantos pueblos y ejércitos que pisaron aquella tierra, á pesar de ser la parte más poblada del globo, nadie, sin embargo, tuvo noticia del lugar donde descansaba Ninive. Sólo ahora, que faltaban armas para contestar á ciertas negaciones del racionalismo bíblico, es cuando se ha levantado la losa del gran sepulcro, y al cabo de veinticinco siglos el hombre ha vuelto á pisar de nuevo las calles, palacios y bibliotecas de la gran metrópoli de Oriente, para recoger allí en nuevos manantiales las tradiciones primitivas del género humano. Salieron del olvido las ruinas venerandas conjuradas para hacer una misma revelación, y dieron elocuente realce á la tradición bíblica.

Así se comprobó una vez más que la obra propia de cada siglo se reduce, para el órden cristiano, en asentar con mayor vigor los dogmas que la ignorancia de alguna generación haya querido impugnar. Hoy, con más razón que en ningún otro tiempo, puede decirse que las ciencias, examinadas desde su verdadero punto de vista filosófico, no son sino una comprobación del texto sagrado. Ni en ninguna época se demostró mejor que, sólo cuando el saber está en infancia, ó en grado de imperfección suma, es cuando puede motivar argumentos contra la religión; y que, por el contrario, á medida que los hechos se estudian y conocen mejor, brotan de las ciencias conclusiones que confunden á la impiedad.

Ha tenido, pues, completo descalabro la impugnación del dogma á nombre de la ciencia; impugnación que en un principio se presentaba tan amenazadora. Los que antes pudieron llamarse conflictos entre la religión y la ciencia, no son ya sino conflictos de la impiedad con la ciencia. En lugar de un racionalismo bíblico, que, aunque profundamente extraviado, sustentaba la herejía con objeciones que revestían aparato científico, ha vuelto á apare-

cer ahora el racionalismo, que no vive sino de negaciones brutales, y enarbola los tristes lemas de la extrema izquierda hegeliana.

Lo mismo ha sucedido en las escuelas filosóficas. En lugar de aquel espiritualismo doctrinario y racionalista, no desprovisto de grandeza, que durante la primera mitad de este siglo tenía apiñada alrededor de sus cátedras á entusiasta y ardiente juventud, y por la elocuencia de sus grandes oradores estremece á la sociedad con enseñanzas contrarias al materialismo, prevalece ahora un escepticismo grosero que, con nombre de positivismo ó teorías de la evolución, en medio de cínicos desvaríos, aclama con tristes voces la ciencia sin Dios. De este modo, á la generación doctrinaria que en medio de sus vagos sistemas mantenía, no obstante, los dogmas del alma espiritual y libre, vimos suceder una generación que proscribía á la filosofía, niega toda verdad metafísica, llama á Dios una abstracción sin realidad; al alma, un mito; á la libertad, una ilusión; á la Providencia, la ley fatal de la evolución de las cosas; á la religión, una institución humana; á Cristo, un sábio, ó un hombre de bien, ó una piadosa ficción de la superstición humana; hemos visto suceder, en fin, una generación tan pedante como impía é indocta, que prostituye la ciencia y no acierta á esgrimir contra el creyente otras armas que la garrulería del sofisma. Puede, en efecto, decirse que ya la impiedad está expulsada del terreno científico, no quedándole otro recurso que el de la mentira, el sarcasmo difamatorio, el libelo, la gaceta y la declamadora pedantería de los eruditos á la violeta.

Pero al mismo tiempo ésta es también la causa de que la impiedad se haya hecho ahora más ruidosa y osada. Nada hay más atrevido y pedante que la ignorancia. Nada se presta tanto á todo género de fanatismo, pero, sobre todo, al fanatismo de impiedad, como la media ciencia; y de todas las ignorancias ninguna peor que la de los sábios á medias que no saben más que leer. Facilísimo es que en estas gentes la impiedad se junte con la soberbia indocta: vicios son éstos dos de cuyo matrimonio no se ha oído divorcio. «Las ciencias, observa Pascal, tienen dos extremos que se tocan: el primero es el de la pura ignorancia natural en que se encuentran los hombres al nacer; el otro extremo es aquél á donde llegan las grandes almas que, habiendo recorrido todo lo que los

hombres pueden saber, se convencen de que nada saben y se hallan en la misma ignorancia de donde partieron. Pero es ésta una ignorancia sabia que se conoce á sí misma. Entre ambos extremos hay el término medio de los que, habiendo salido de la ignorancia natural, no han podido llegar al otro extremo, y cubiertos de un ligero tinte de presuntuoso saber, se hacen los entendidos. Éstos últimos son los que revuelven el mundo y juzgan mal en todo. Juzgue cada cual si desde Pascal ha disminuido ó aumentado el número de estos indoctos que se hacen los entendidos.

No ménos energética que en el terreno de las ciencias empieza á descubrirse la resurreccion católica en el órden político. Á medida que la revolucion fué completando la ruina de los antiguos poderes políticos y pulverizando los restos del antiguo régimen, se hizo tambien más manifiesta su impotencia contra el órden religioso. Á pesar de los furores anticristianos removidos en nuestra edad con tanta violencia, el santuario ha permanecido intacto. La barquilla de Pedro ha bogado majestuosa en medio de las más deshechas borrascas que conocieron los siglos. Lejos de extirpar la fé del fondo de los corazones, como en un principio lo pudo imaginar, la revolucion no ha conseguido sino ver cómo se reanimaban las creencias allí donde parecían extinguidas, y cómo el sentimiento religioso volvía á apoderarse de las sociedades y á conmovérlas con tanto vigor como al dia siguiente de la rebelion de Lutero, ó en la época de las cruzadas. Todo lo que con esfuerzos titánicos ha intentado levantar el espíritu anticristiano para sustituir la accion de la Iglesia, amenaza ahora ruina, y está á punto de desplomarse, como edificado sobre arena.

En el siglo pasado las pasiones de impiedad se habian apoderado de todas las clases, pero principalmente de las que tienen por mision dirigir á las demás. La religion parecia entonces una supersticion de los siglos de tinieblas, un legado del oscurantismo, que muy luego tenia que desechar para siempre la humanidad, llegada ya á edad de razon. Pero al fin de aquellos sueños, espantosas catástrofes se encargaron de desacreditar las teorías y desvanecer las ilusiones, convirtiendo en desengaños los desvarios. Entonces, con triste experiencia, las clases volvieron á acogerse al

1 PASCAL, Pensées, c. III, pár. XV.

santuario; y, antes que las demás, las clases superiores, que pervertieron á las ignorantes, fueron las primeras en abjurar la impiedad.

Nada más natural que así sucediera. Como la política es, por naturaleza, una ciencia experimental, ninguno de sus principios se puede sentar como falso ó verdadero sino despues de haberle probado en la vida real con largos y laboriosos ensayos. Por falta de experiencia, la ciencia del gobierno sufrió en el siglo pasado horrible extravío, por más que entonces se creyera que habia realizado insignes adelantos. Los funcionarios reales eran los únicos que intervenian en la administracion y gobierno del Estado; frente á este cuerpo burocrático, tan rutinario como omnipotente, y separados de él por toda la distancia que média entre la teoría y la práctica, los escritores soñaban en sus gabinetes, y con declamaciones sentimentales arrebatában de entusiasmo á los concurrentes de los salones aristocráticos. Así, literatos, políticos inexpertos y clases ociosas ajenas á la vida pública, habian convertido á la política, de ciencia experimental, en ciencia de razonamientos *à priori* y teorías abstractas.

Se necesitaba una solidez de juicio á toda prueba, que seguramente no tuvo el siglo XVIII, para que en ése mundo imaginario y de abstraccion que, lejos de toda experiencia de la vida real, se habian formado los espíritus soñadores, no se desataran los sofismas y desvarios propios de las ciencias extraviadas, y no corrieran las doctrinas más anárquicas como sistemas de gobierno los más sábios; y las teorías más infantiles; los principios más detestables, los desatinos más desprovistos de seso, no se recibieran como los descubrimientos más asombrosos de la filosofia y el *non plus ultra* del saber humano. Favorable era aquella atmósfera de declamaciones sentimentales y paparruchas literarias, en donde se resolvian á carcajadas los problemas más árdusos y graves, y se ventilaban con largas disertaciones los asuntos más baladies; favorable era, repito, aquella atmósfera de paradoja, chistes y pedantescos silogismos, para que cundiera la impiedad entre escritores traviesos, y niños con canas, enfadosos, gárulos é ignorantes, que se creían profundos políticos porque discurrían sobre la mejor forma de gobierno, y disputaban sobre si el hombre fué más libre y feliz en el estado salvaje que en la vida social. Aquellas plu-

mas é imaginaciones desenfundadas necesitaban los desengaños de la experiencia para cambiar la pedantería por el juicio, y juzgar las instituciones con más sano criterio, y tratar á la religion con más filosofía. Las trágicas escenas de la revolucion fueron las encargadas de llamarlos á la vida real y devolverles la experiencia de que tanto habian menester.

De aquí el cambio de ideas en cuanto estalló el primer trueno revolucionario. Las clases que las primeras habian aplaudido la bufonada sacrilega y blasfemado contra el culto, fueron tambien las primeras en sufrir los golpes de la tormenta. Tras de horribles escarmientos volvieron á la Iglesia, reconociendo que es vicio de la naturaleza humana el que no haya accion irracional en que no pueda caer el hombre si le falta el freno religioso; y que sin creencias, sin dogmas de la vida futura, no puede haber ni justicia, ni libertad, ni más gobierno que una lucha implacable entre la anarquía y el despotismo, y «no son los reinos, cómo decia San Agustín, sino grandes latrocinios». Nunca mejor que al terminar el siglo que se proponia suprimir el culto, como rueda inútil para el gobierno de los humanos, se confirmó la verdad de que *el gobierno solo no puede gobernar.*

Desde entonces no ha cesado la Iglesia de recobrar dominio en las conciencias. Acogidas á ella las clases más sábias, que pervirtieron á las ignorantes, tratan de enmendar el yerro; pero la empresa no es ahora fácil, porque más pronto entiende el pueblo el lenguaje de las pasiones que el de la razon. En la larga sucesion de los siglos, cuyos anales ha recogido la historia, siempre el miserable y desgraciado pueblo fué juguete del audaz y palabrero engañador; y como la ignorancia de las muchedumbres jamás ha de ser capaz de experiencia, están condenadas á servir siempre de juguete vil de sus astutos y desvergonzados tribunos. Con igual facilidad se trae al pueblo á impiedad ó supersticion; con el mismo esfuerzo se consigue que promueva revueltas en la república para levantar el ídolo de la libertad ó el de la tiranía. De él decia Voltaire: «Bueno es que el pueblo sea guiado, pero no instruido. El pueblo se parece á los bueyes, que tienen bastante con el aguijon, el yugo y la ración de paja.» Sin embargo, ahora le han dicho al pueblo que adore á Voltaire, y con entusiasmos lo coloca sobre sus altares y lo tiene por divinidad tutelar, y se desvive y alborota en

cada ocasion que se le ofrece de conmemorar al bufon sacrilego; y por la doctrina y la secta volteriana se precipita en conjuraciones y motines que no le valen sino matanzas y miserias.

Para conmover de esta suerte las masas populares y arrebatarlas de entusiasmo, ó soltar sus furores y hacer que abrasen ciudades, provincias y reinos, basta pronunciar ante ellas con artificiosa audacia algun mote sonoro. Con apellidar ante ellas á la sedicion y tiranía, libertad ó religion, igualdad ó buen gobierno, saben á maravilla los más vulgares tribunos arrastrarlas á novedad y hacerlas servir á proyectos ambiciosos y beberles la sustancia de sus haciendas. Pero una vez fanatizado y puesto en sedicion por un lema cualquiera, necesita el pueblo muchos y muy terribles escarmientos para volver de su ilusion. Por eso la plebe, amotinada en nuestros dias contra el altar, contra la familia, la propiedad, los reyes, los dictadores y contra toda especie de gobierno, necesita largos dias de luto y catástrofes aún más pavorosas para llegar á desengaño.

Nada significa, por tanto, para el rumbo que han de seguir los sucesos humanos, que entre el vulgo haga todavía estragos y excite furores la impiedad. Si el estadista debe prestar la mayor atención al estudio de las pasiones que se desenvuelven entre las clases populares, y atender á sus necesidades y reclamaciones legítimas, previniendo con tiempo las explosiones; no es, en cambio, entre esas clases, sino entre las que por el saber dirigen á las demás, en una palabra, entre las verdaderas aristocracias, donde hallará los mejores y más seguros presagios para escudriñar los arcanos de lo venidero. Así como las altas cumbres son las primeras que se iluminan con los reflejos de la aurora, y por ellas se extiende la luz cuando aún los valles permanecen envueltos en tinieblas, así tambien las eminencias sociales perciben más temprano los destellos de la aurora y disfrutan del crepúsculo del día cuando por las regiones inferiores se extiende aún noche oscura.

Claros resplandores anuncian ahora que por las eminencias sociales empieza á dibujarse el crepúsculo de una edad de triunfo para la Iglesia. Se necesita para no verlo tener oscurado el entendimiento por los ódios y pasiones de esa clase de ruidosos y recalcitrantes vocingleros de liberalismo, que todavía encuentran ame-

no y distraído declamar contra la Iglesia, y continúan padeciendo contracciones nerviosas en cuanto se trata de religion. Políticos energúmenos, se enfurecen sin cesar contra el oscurantismo y la superstición; pero son en realidad tan supersticiosos, rutinarios y fanáticos como la criatura más indocta é irracional que produjo el siglo XII. Hombres en cuyo estrecho magin no caben sino las preocupaciones de su siglo, han abundado en todas las épocas de la historia, y los ocho mil años que hace que viven por el mundo no los han variado un ápice. Si los de hoy hubieran vivido en la Edad Media, creyeran á piés juntillas todas las pías y candorosas leyendas, grotescas ó angelicales, desatinadas ó sublimes, que eran el alma de la literatura popular de la época; y seguramente que no hubieran conocido aquellos siglos más frenéticos desolladores de judíos y más sañudos é implacables verdugos de herejes. Durante el siglo XVI, nadie en España más á propósito y decidió que ellos para bautizar á viva fuerza moriscos, y quemar luteranos, y asistir bullicioso y regocijado á los autos de fé; y por aquellos tiempos, nadie también en Alemania más á propósito para tener al papa por el Anticristo y exterminarse en los campos de batalla en defensa de la predestinacion, y para demostrar que se justifica el pecador con sólo creer que está absuelto. En el siglo XVII, entre ellos tuviera que hacer pesquisas la inquisicion en busca de alumbrados, revelanderos, estáticos y demás géneros de supersticiosos pecadores de la secta que se andaba arrojando por las casas, oyendo misas de veintiseis horas, y entreteniéndose en los desatinos milagrosos tan deleitosamente descritos en las cartas de Juan de la Sal; nadie más que ellos hubiera visto resplandores, luces y procesiones de espíritus alrededor de la Torre Turpiana, de Granada, en los años que precedieron al fecundo y memorable parto de antigüedades novísimas que tuvieron aquellas ruinas; ni en ninguna otra clase hiciera tampoco más víctimas el dolo pío. Fueron, en fin, los regalistas y volterianos más decididos del siglo XVIII, y son los liberales más en carácter del siglo XIX. Ayer eran absolutistas monárquicos de la especie más intratable; realistas que creían mucho en el rey, poco en Dios, casi nada en la patria; hoy son demócratas y demagogos consecuentes, que proclaman con desenfado que no podemos ser felices mientras no se vayan los reyes. Ayer quemaban por herejes; hoy persiguen por

cristianos. Imposible hallar caracteres más curiosos que los de estos hombres para el estudio psicológico de la humanidad.

Á nadie debe extrañar, por tanto, los singulares ofuscamientos de estas gentes, que todavía no leen sino las trágicas descripciones de los crímenes jesuiticos y lúgubres escenas del tribunal de la sangre, y no tienen ante la vista sino pueblos chupados por fráiles, y al pobre Carlos II cargado como mozo de esquina con el haz de leña para un auto de fé, y las hambres y miserias de la amortizacion eclesiástica, y demás horrores y ficciones espeluznantes de este género de literatura. ¿Cómo con impresiones tan sombrías no han de llegar las pobres gentes al paroxismo del furor cada vez que les hablan de religion? ¿Cómo no han de conservar todos los resábios trasnochados de las tres ó cuatro generaciones de locos sentimentales ó fanáticos que nos han precedido, y continuar creyendo en la próxima ruina de la Iglesia, y discutir sobre los viejos ideales, destinados á desvanecerse muy luego con las últimas sombras del oscurantismo?

¶ Pero ¿quién que se vea libre de este género de ofuscaciones, y no tenga alteradas sus facultades mentales por el liberalismo, enfermedad y rama de locura endémica de nuestro siglo, al observar atentamente el curso de las ideas y de los acontecimientos no reconoce que la Iglesia, en medio de los desastres, se ha rejuvenecido? Muchas son todavía las preocupaciones que dominan sobre materias de religion y en contra de las comunidades religiosas, y de la jerarquía eclesiástica, y de las atribuciones del poder espiritual; pero ¿dónde hallar en el día un hombre de Estado, digno de este nombre, que acepte las conclusiones de impiedad que tan en voga anduvieron durante cerca de un siglo entre pueblos y gobernantes, teniendo por corifeos á reyes y pseudo-filósofos? Grandes daños ha causado y está causando la revolucion á la Iglesia: destruidas las comunidades religiosas, la mayor parte de sus individuos andan todavía en dispersion, viviendo tristes en país extraño, ú ocultos en su patria entre oscuridad y miseria. El clero secular ha sufrido también horribles quebrantos: durante estos tiempos revueltos no cesan de desatarse contra él persecuciones y diatribas de toda especie; á consecuencia de tanto desastre, aún se ve falta de medios para procurarse la instruccion necesaria, cohibido en sus relaciones con la santa sede, y en la imposibilidad de orga-

nizarse con independencia. La Iglesia, en fin, despojada de sus bienes, vive ahora del salario del Estado, y con harta frecuencia poderes hostiles manejan contra ella las regalías con intentos cismáticos. Pero, á pesar de todo, palpamos ya la lenta reaccion que decididamente se está manifestando á su favor. Su influencia ha crecido de un modo tanto más eficaz cuanto que, ahora mejor que nunca, se ha visto que de sí misma saca toda su vitalidad y energía. Perseguida ó abandonada por los gobiernos, privada de todo recurso material, obligada á desempeñar su ministerio con la mayor pobreza y escasez de medios, la Iglesia, sin embargo, ha sabido arraigarse más en los corazones.

Mientras las pasiones se revuelven en lodo y sangre por la arena política, y «el mundo se estremece con las horribles convulsiones que padecen los principales pueblos de la cristiandad, y los gobiernos que parecían construídos para duracion secular caian como heridos del rayo, y la guerra civil vertía arroyos de sangre por las calles de las más soberbias capitales de la Europa occidental; y todas las pasiones perversas, la sed de riquezas y la sed de venganzas, el odio de castas y los tradicionales rencores de raza, rompian el freno de todas las leyes divinas y humanas; y el espanto y la incertidumbre se apoderaban de los corazones, y se suspendia el comercio, y se paralizaba la industria, y el rico se hacía pobre, y el pobre más pobre aún; mientras se proclamaban en las tribunas parlamentarias, y se defendían con el sable doctrinas enemigas de las ciencias, de las artes, de la industria, de las virtudes domésticas, doctrinas que si hubieran de aplicarse destruirian en ménos de treinta años lo que treinta siglos acumularon para el bien de la humanidad, y convertirian á las más hermosas provincias de Francia y Alemania en regiones tan salvajes como el Congo y la Patagonia; mientras Europa, en fin, se veía amenazada de una invasion de bárbaros, que habrían hecho parecer civilizadas y humanas á las hordas de Alboino y Atila»¹, la Iglesia ha sabido cruzar los grandes vaivenes de nuestra edad, dominando las iras y enconos sociales que desgarran á los pueblos. Mientras todo á su alrededor se desquicia, pereciendo arrebatado por el torbellino revolucionario, que arrastra como hojas secas las institu-

¹ MACAULAY, *Historia de Inglaterra desde el advenimiento de Jacobo II.*, última página del c. X, t. III.

ciones más seculares, la Iglesia es lo único que aparece indestructible en medio de la tempestad. Y cuando fuera no se conoce sino perplejidad, vacilacion, incertidumbre, y el día de mañana no anuncia sino catástrofes y miserias mayores, Ella, y sólo Ella, fiada en la inalterable certeza de sus principios, y comprendiendo que no necesita para su triunfo ni sordos manejos, ni mezuquinos apoyos, aguarda tranquila la hora que la Providencia le tiene señalada en lo venidero para brillar de nuevo con todo esplendor.

Así, á medida que la guerra y la revolucion van disolviendo partidos, y los trágicos sucesos desvaneciendo ilusiones, vuelven los hombres á acogerse al seno del santuario, como al único asilo de la paz y conciliacion, y el único lugar donde los ideales son eternos y las esperanzas no se trocan en desengaños. De este modo va preparándose lentamente el desenlace del gran drama de nuestros tiempos, siendo fácil presagiar desde ahora que una vez más de manos de la Iglesia han de recibir feliz solucion los complejos problemas de la política.

De antiguo sabe la Iglesia que en las repúblicas los males que traen su origen del estado social no se curan con golpes de Estado; ni se cierra la sima de las revoluciones con reacciones violentas ó actos de fuerza; ni se cambia la situacion moral de un pueblo con un decreto ó una intriga política, ó con el triunfo de un partido, sino que es menester ir extirpando del cuerpo social, con lento trabajo, los gérmenes de vida y descomposicion, y procurar primero que la sociedad esté sana si se quiere que llegue á estarlo el Estado. Por eso, alejándose en lo posible de las discordias civiles, escoge con predileccion el terreno de la enseñanza para hacer frente á las doctrinas disolventes y sistemas de violencia y anarquía ideados á fin de dejar los odios, venganzas y pasiones sin sujecion. Admirablemente ha comprendido que el remedio más eficaz para combatir los males de ahora consiste en preparar en silencio, con la enseñanza de la juventud, una era en que el espíritu cristiano se mantenga intacto en medio de las disensiones políticas, y el freno religioso sujete mejor, dentro de cada individuo, las pasiones, que andan en nuestro tiempo tan revueltas. Conoce mejor que nadie que cuando la religion tiene el suficiente dominio para con sólo su autoridad moral hacer respetar á cada uno el derecho de los demás, no necesita el Estado atribuciones tiránicas,

y son inútiles y no pueden prevalecer los cesarismos y dictaduras; pero que, en cambio, desde el momento en que faltan las creencias, el Estado, para poder atender á la defensa de los intereses sociales, necesita armarse de atribuciones despóticas, y, como remedio supremo contra las explosiones de la anarquía, son inevitables los latigazos del cesarismo.

La Iglesia, aguardando así confiada la hora en que se han de serenar estas tormentas cuando se cumpla el plazo señalado por la Providencia; aplicando, previsora, á los males sociales el remedio más lento, pero también el más eficaz, que consiste en sembrar por los mismos surcos que la revolución ha rasgado en las entrañas de los pueblos los grandes gérmenes del orden moral, para que fructifiquen en generaciones venideras; la Iglesia, enseñando apacible á la juventud, en lugar del liberalismo, la libertad; en lugar de los cesarismos, violentos como todo poder débil, una autoridad que, por ser fuerte y respetada, evita la tiranía; la Iglesia, en fin, manteniendo donde quiera las disciplinas sociales contra los asaltos de las hordas que nos amenazan con nuevos siglos de barbarie; fortaleciendo la ley, no con dictaduras, sino con sólo hablar á los hombres de los destinos inmortales y de la vida futura; amparando la miseria de las muchedumbres, no con las violencias del socialismo, sino con los preceptos y heroísmos de la caridad cristiana,—forma singular contraste con los furros que en el campo opuesto se desatan; con la corrupción, intrigas, escándalos, crímenes, vergüenzas y horribles explosiones de apetitos brutales que produce la ambición de los partidos, disputándose como animales de rapina los despojos del poder. Nada más á propósito que este contraste para apreciar de qué lado están la verdad y la justicia en medio de la hirviente disputa de nuestros días. Es experiencia recogida en la historia de todas las revoluciones que, para conservarse y adquirir imperio en las sociedades, los grandes partidos, como los grandes hombres, moralizan y gobiernan; los mezquinos, intrigan; los malvados, corrompen; los osados, oprimen.

Al recoger estos presagios de triunfo para la Iglesia, que ahora empiezan á germinar entre las sociedades asoladas por la fuerza terrible que hace más de cien años lleva rodando delante de sí á cuanto se le opone, hemos procurado encerrarnos en el campo de

los cálculos de la prevision humana. En efecto, aun escudriñando los problemas sociales con sólo los limitados recursos de la humana prevision, es indudable que en la observacion de los grandes sucesos que estamos presenciando, se descubren en el día elocuentes síntomas de reaccion en favor de las creencias; pero no necesita el creyente de estos síntomas y presagios humanos para creer y esperar firmemente en el triunfo de su Iglesia. «Habitado está á conservar inquebrantable la esperanza en medio de escenas de mayor desolacion. Antes de ahora le ha enseñado el texto sagrado un campo lúgubre, cubierto de huesos hacinados y secos; y en aquel campo oyó la voz que le decía: «Hijo del hombre, ¿crees tú acaso que vivirán estos huesos?» Y contestó con el profeta: «Señor Dios: tú lo sabes». Y dijo el Señor: «Profetiza sobre estos huesos; les dirás:—Huesos secos, oíd la palabra del Señor: Hé aquí que yo haré entrar en vosotros espíritu, y vivireis; y pondré sobre vosotros nervios, y haré crecer carne sobre vosotros, y os daré espíritu y vivireis, y sabreis que yo soy el Señor». Y cumplió el profeta el mandato divino. Mas cuando profetizaba hubo ruido y gran conmocion, y juntáronse huesos á huesos, cada uno á su coyuntura. Miró el hijo del hombre, y vió que subieron nervios y carnes sobre ellos, y se extendió piel por encima. Mas no tenían espíritu. Y dijo el Señor: «Profetiza al espíritu, profetiza, hijo del hombre, y dirás:—Esto dice el Señor Dios de los cuatro vientos; ven, oh espíritu! y sopla sobre estos muertos, y revivan». Y profetizó el hijo del hombre como se lo habia mandado; y en aquellos cuerpos muertos entró el espíritu, y vivieron, y se levantaron sobre sus pies en ejército numeroso. Y dijo el Señor: «Hijo del hombre, todos estos muertos son la casa de Israel; ellos dicen que se secaron nuestros huesos, y fuimos dispersados. Por tanto, profetiza sobre ellos, y díles:—Esta es la voz del Señor. Yo abriré vuestras sepulturas y os sacaré de vuestros sepulcros, pueblo mio, y os conduciré á la tierra de Israel.»

Como ante los ojos de Ezequiel, con las horribles destrucciones de la revolución se han extendido en nuestros tiempos, ante las miradas del creyente, muchos campos de desolacion, cubiertos de huesos secos. Pero hoy, como entonces, el creyente espera que esos huesos, secos y macerados por el soplo revolucionario, de nuevo se cubran de músculos, nervios y piel, y revivan con el es-

piritu cristiano. Y con la firmeza de su fé ha de conseguir el creyente que germine de nuevo la vida entre las cenizas de los sepulcros.

La fé es, en efecto, el secreto principal de la fuerza del catolicismo, y también el secreto de la debilidad é impotencia de la revolución contra el templo.

Cuando todo parecía perdido, y los fieles y pastores andaban en dispersión, y los ejércitos republicanos recorrían triunfantes la Europa profanando todos los santuarios, y arrastraban al pontífice en cautiverio y escribían luego sobre su tumba: *Aquí yace el último papa*, y los hombres se llenaban de espanto, y se estremecían de terror las naciones al ver rotos los ejércitos, volcados los tronos, quebradas todas las dominaciones, y levantada una espada sobre todas las cabezas por fuerza irresistible, que parecía sobrenatural y salida del fondo del abismo para cambiar la faz de la tierra en una hora de convulsión sin ejemplo; cuando, soltadas todas las fúrias infernales, parecía como que ya iban á arrancar de raíz la secular encina y realizar la obra de más terrible destrucción que se ha conocido debajo del sol, el creyente, á pesar de tantas incertidumbres y congojas de muerte, no perdía la esperanza; y sentado solitario sobre las ruinas de lo antiguo, contestaba tranquilo al incrédulo que le interrogaba: «Desaparecerá el impío como la tempestad que vuela».

Á una fé de este temple, nada resiste: con ella se llega á dominar todas las tempestades y á andar á pié firme sobre los mares revueltos. Desde aquella primera explosión revolucionaria, la fé no ha cesado de extender sus dominios. En el campo opuesto, en cambio, van cayendo rápidamente ilusiones y entusiasmo, ó, por mejor decir, ya no los hay, y hierven en su lugar los furios de la desesperación. Hubo un tiempo en que campeones llenos de convicción y entusiasmo ardiente sustentaban los principios revolucionarios; entonces, á pesar de crímenes nefandos, de matanzas y abominaciones como no se habían visto en la tierra desde los tiempos de Neron, la talla de aquellos terribles convencionales parecía veinte codos más alta que la de los demás hombres, y las masas que lanzaban á la guerra no se podían comparar sino con los escuadrones fanatizados por Mahoma para cruzar por las naciones como un torbellino del desierto, propagando con el al-

fante su evangelio terrible. Pero aquel frenesí pasó, y hoy la fé y el entusiasmo sólo se hallan en el seno de la Iglesia.

En las luchas sociales, cuando dos causas irreconciliables se disputan el dominio de los hombres, el triunfo es seguro para aquella que excita más fé y entusiasmo en los suyos. En balde su contraria, dueña de todos los elementos de dominio y árbitra del empleo de la fuerza material, se desatará en furores y accesos de violencia; su esterilidad no ha de resultar por ello sino más completa; los alardes y ostentaciones de poderío sólo servirán para hacer más manifiesta su impotencia. Tan verdadero es respecto de los partidos en política, como respecto de los individuos en religión, el principio de que sólo se salva y triunfa el que tiene fé.

La falta de fé, ó hablando con más propiedad, la mala fé, es en el terreno religioso el flaco de la armadura de la revolución. Su propósito ha sido realizar contra la Iglesia el programa del siglo XVIII: «Destruir al infame»; colocar á Voltaire en el lugar de Cristo. Si para intentar la obra le sobró osadía, le faltó, en cambio, buena fé. Á pesar de su cinismo y audacia no se ha atrevido á proclamar en voz alta su propósito. Sus secuaces, individualmente, se declaran á voz en grito anticristianos y enemigos mortales de la Iglesia; pero colectiva y oficialmente se dicen católicos, católicos y católicos. Dicen lo que no piensan, hacen papel de adorar aquello en lo que no creen. Son herejes é incrédulos organizados para propagar y mantener incredulidad y herejías; pero que, sin embargo, como partidos no se atreven á declarar ni herejes ni incrédulos. Quieren destronar á Cristo con apariencia de hacer una obra cristiana. Sólo una falta de fé muy grande en los propios principios puede aconsejar tal hipocresía, y esto indica que no se sienten con fuerzas.

Tanta falta de fé es indicio seguro de próxima ruina. Difícilmente se sujetan largo tiempo los hombres á la disciplina de un partido cuando éste, perdido el entusiasmo y la fé en sus principios, se empeña, no obstante, en tener alzadas las banderas y permanecer en el campo de la política, presentándose todavía, contra las reglas más vulgares de la sinceridad y del decoro, como adalid de doctrinas, cuando en realidad no busca en las revueltas sociales nada más que rapiña y la satisfacción de todas las concupiscencias humanas. Sustituido el vínculo de la comunidad de principios por

el vínculo de los intereses y de las ambiciones personales, el servilismo hace las veces de fidelidad, la codicia de pasiones desatadas reemplaza al entusiasmo, el precio vil de mercenario sustituye al sacrificio por una idea. Como ya no se invocan doctrinas y principios sino para disfrazar ignominias y vergüenzas, nadie se cree ligado por deberes de fidelidad á ninguna causa; pasan los hombres de un bando á otro, segun la conveniencia del momento, sin que nadie los tache de inconsecuencia y de perfidia: el oportunismo es el primer principio de la política; el mayor traidor es el mejor político; el más hábil y sagaz para arrebatar el poder por cualquier medio es el mejor jefe de partido. Los partidos se convierten en partidas de caudillos y merodeadores, las pasiones políticas en pasiones personales; los odios de las parcialidades sustituyen al amor de la libertad y á los nobles sentimientos característicos de los campeones que luchan por causas opuestas con la hidalguía de la buena fé. Tal es la situación actual de los partidos que han hecho la revolucion y que con ella comen. Entre ellos, las clases parecen haberse envilecido, y haber degenerado tambien la raza de los hombres de Estado. Su pequeñez moral é intelectual contrasta de singular modo con el temple de los revolucionarios de la primera generacion y con los arrebatos de frenesí que al estallar produjo en las muchedumbres este acontecimiento, único en los fastos de la historia, verdadero mónstruo por su magnitud, por sus fuerzas destructoras, por su carácter de universalidad y por los resultados que en ménos de un siglo ha producido por el mundo entero.

Por lo demás, los partidos de la revolucion recogen ahora lo que sembraron: iniquidades, y están comiendo fruto de mentira. La falta de fé los pierde; donde no hay entusiasmo, no puede haber ni unidad de accion ni energía, sino division y discordia; y lo que está dividido, no puede reinar. Por mucha que sea la audacia de semejantes partidos, irremediabilmente tienen que ser humillados y rotos por el entusiasmo que inspira la Iglesia á sus fieles. Son ya demasiado grandes las brechas que ofrece el edificio revolucionario para que pueda resistir el asalto de las legiones creyentes. Así es que, aunque todavia muchos hombres, por propia conveniencia, adulen, inciensen y adoren los principios revolucionarios, que en el fondo de su corazon repruehan y desprecian;

aunque todavia se califique de hipocresía ó fanatismo á toda pasion que no sea ansia de dinero y apetitos viciosos ó codicia de dignidades y mercedes; aunque las concupiscencias humanas, los cálculos de la razon de Estado y las intrigas de la política se conjuren para sostener la obra anticristiana, todo el mundo va comprendiendo que la ciudad edificada con sangre, y cuyos muros se asentaron sobre injusticias, tiene que venirse abajo irremisiblemente.

